

la religión lo que resulta nocivo para los niños, sino la enseñanza en sí misma.

Yo quisiera que éstos pudieran internarse solos en el mundo patriarcal del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Estos libros — de los cuales existen ediciones propias de la infancia — resultan agradables á los niños, y alimentan su imaginación y sus sentimientos sólo en el caso de poderlos leer, tranquilamente, sin verse interrumpidos por interpretaciones pedagógicas y dogmáticas. Y sólo en el hogar, nunca en la escuela, la religión puede ser, á instancias suyas, materia de conversación y explicaciones.

Cuando las primeras impresiones religiosas nacen espontáneas y sin más autoridad que la emanada de ellos mismos, se convierten en una especie de mitos, semejantes á las fábulas mitológicas griegas y del Norte, que nunca se encuentran en abierta oposición con las materias objeto de la enseñanza.

Nuestro error más grande es el de enseñar á los muchachos, como verdad absoluta, la teoría bíblica de la creación que después la Historia y la Ciencia declaran absurda, é imponerles obediencia absoluta á los preceptos de la moral evangélica que continuamente ven olvidados; pues toda la sociedad industrial y capitalista está fundada, hoy día, sobre el principio opuesto á la enseñanza cristiana: «Ama á tu prójimo como á tí mismo.»

En esto, como en todo, la inteligencia de los niños es aguda é infalible; se dan cuenta en seguida de si lo que les rodea vive con arreglo á las enseñanzas del catecismo. Un Chiquillo de 4 años á quien hablaba de Jesús diciéndole que nos mandó amar á todos, me contestó: «Si Jesús ha dicho esto, papá no es cristiano.» Se fijan inmediatamente en el contraste entre el precepto y el ejemplo. Otro niño, inflamado por la idea de la Caridad, quiso regalar á los pobres, no tan sólo sus juguetes, sino también sus vestidos, y sus padres tuvieron que darle una paliza para disuadirle de su aplicación demasiado práctica del cristia-

nismo. Una niña finlandesa, oyendo decir á la maestra que la religión enseña á amar á todos, hasta á los propios enemigos, exclamó que en Finlandia nadie podría amar á Bobrikoff.

Conozco los sofismas con que se trata de engañar esta lógica irrefutable. Y son precisamente estos sofismas los que han infundido en la sociedad «cristiana» toda la hipocresía de que se encuentra impregnada. Tiene mucha razón Rousseau: «Enseñamos á los niños los mejores principios, y cuando quieren ponerlos en práctica les obligamos á obrar según ideas muy diversas y mezquinas, hasta que con tantas restricciones, llegan á convencerse de que los nobles preceptos son solamente hermosas palabras, y cosa muy distinta de la realidad de la vida.»

El peligro no estriba en la elevación del ideal cristiano, porque el ideal es por sí mismo inaccesible, y se nos escapa cada vez que creemos haberlo alcanzado. El error consiste en hacer del cristianismo un ideal absoluto cuando el hombre en la vida ordinaria se ve obligado á transgredirlo continuamente; en que el Catecismo le enseña que por ser criatura mortal no podrá jamás alcanzar aquel ideal, pero que el único modo de vivir bien en este mundo y conseguir la felicidad en el otro, consiste en acercarse á él todo lo posible.

Esta red de contradicciones ha confundido de tal modo los conceptos ideales de las generaciones sucesivas que éstas, en definitiva, han acabado por no tomarlas en serio. Entre las causas psicológicas de la inconsistencia humana, por la cual se hacen concesiones tan humillantes y perjudiciales al mundo y á la moda, no es una de las menos importantes la siguiente: los niños aprenden con la enseñanza de la religión que *los principios y las acciones son dos cosas muy diversas*. Y el recuerdo subsiste hasta en aquellos para quienes el Cristianismo no ha perdido su valor como dogma. El librepensador se somete al matrimonio religioso y deja bautizar ó comulgar á sus hijos, sin preguntarse si no le